

Otfried Preußler

El pequeño fantasma

Con ilustraciones de
F. J. TRIPP

Traducción de
LAURA MANERO JIMÉNEZ



MAEVA  young



En el castillo de Piedramochuelo vivía desde tiempos inmemoriales un pequeño fantasma. Era uno de esos pequeños fantasmas nocturnos inofensivos que nunca le hacían daño a nadie, a menos que los molestaran.

Durante el día, dormía en un pesado baúl de madera de roble con cerraduras de hierro que estaba en el desván, bien escondido detrás de una chimenea, y absolutamente nadie tenía la menor idea de que en realidad le pertenecía a un fantasma.

Solo bien entrada la noche, cuando en la villa de Montemochuelo, situada a los pies del castillo, el reloj del ayuntamiento daba las doce, el pequeño fantasma despertaba al fin. Con la duodécima campanada en punto, abría los ojos, se estiraba y se desperezaba. Después revolvía entre las viejas cartas y los documentos que le servían de almohada y sacaba el manojito de trece llaves que arrastraba consigo a todas partes. Lo agitaba ante la tapa del baúl... y esta se levantaba al instante y se abría por sí sola.

El pequeño fantasma podía salir entonces de su baúl. Al hacerlo, siempre se daba con la cabeza contra una de las numerosas telarañas que había allí, porque en ese rincón escondido del desván hacía años que ninguna persona ponía un pie. Estaba repleto de ellas y tenía un dedo de polvo. Incluso las telarañas tenían un dedo de polvo. Nada más tocarlas, el polvo caía como un chaparrón.

—¡Achís!

El pequeño fantasma estornudaba cada vez que salía de su baúl, se daba con las telarañas y le entraba polvo en la nariz. Luego se sacudía un par de veces para despertarse del todo y entonces se asomaba desde detrás de la chimenea y emprendía su ronda nocturna.

Igual que todos los fantasmas, no pesaba nada de nada. Era etéreo y ligero como un jirón de niebla. ¡Menos mal que nunca hacía la ronda sin su manojito de trece llaves! Hasta el más leve soplo de viento habría bastado para hacerlo salir volando, quién sabe adónde.

Pero ese no era el único motivo por el que el pequeño fantasma llevaba siempre consigo su manojito de llaves. En realidad, solo tenía que agitarlo un poco en el aire... ¡y todas las puertas y los portones que encontraba en el camino se abrían de inmediato! Y se abrían ellos solos, además, daba igual que estuvieran cerrados con pestillo o con llave, que estuvieran bien encajados o entornados nada más. Lo mismo ocurría con las tapas de los baúles y las puertas de los armarios,

con las cómodas y los arcones de viaje, incluso con puertas de hornos y cajones, claraboyas, tragaluces y ratoneras. Un gesto con el manajo de llaves y se abrían; un segundo gesto y se cerraban de nuevo.

El pequeño fantasma estaba muy contento de poseer ese manajo con sus trece llaves. «Sin él –pensaba a veces–, la vida sería muchísimo más complicada...».

Cuando hacía mal tiempo, el pequeño fantasma pasaba casi siempre su hora espectral en las salas del museo del castillo, entre cuadros antiguos y armaduras, cañones y lanzas, sables y pistolones. Se divertía mucho abriendo y cerrando las viseras de los yelmos con el manajo de llaves; hacía rodar por el suelo de aquí para allá las balas de cañón, que eran de piedra, para oír cómo retumbaban; y a veces, cuando le apetecía, conversaba con las damas y los caballeros de las pinturas que colgaban en marcos dorados en el gran salón.

–¡Buenas noches, estimado amigo! –decía, por ejemplo, cuando se encontraba ante el retrato del conde Georg-Kasimir, que había vivido unos quinientos cincuenta años antes y había sido un hombre bastante rudo–. ¿Te acuerdas de aquella noche de octubre en que apostaste con tus amigotes que me atraparías y me lanzarías por la ventana con una sola mano? ¡Debo decir que esa apuesta tuya me puso bastante furioso! Por eso no debes tomar a mal que te diera un buen susto. Pero ¿de verdad tenías que saltar tú mismo por aquella ventana, sobre todo teniendo en cuenta que estabas en el tercer piso? Por suerte caíste



en el lodo blandito del foso del castillo. Aun así, reconocerás que la cosa pudo haber acabado muy mal...

O hacía una reverencia delante del retrato de la bellísima condesa palatina, Genoveva Elisabeth Bárbara, a quien unos cuatrocientos años atrás había ayudado a encontrar sus valiosos pendientes de oro que una urraca le había birlado del alféizar de la ventana.

O se plantaba frente al gordo caballero de bigote pelirrojo y con cuello de encaje por encima de un jubón de cuero, que era nada más y nada menos que el temido general sueco Torsten Torstenson. Este había sitiado la villa y el castillo de Piedramochuelo con su ejército trescientos veinticinco años atrás. Pero una mañana, al cabo de pocos días, ordenó levantar el campamento y se marchó de allí con sus soldados sin haber logrado nada.

—¿Y bien, general? —decía riendo el pequeño fantasma al ver el retrato de Torstenson—. Tengo entendido que en los círculos más eruditos todavía se devanan los sesos pensando qué pudo provocar en aquel entonces tu precipitada partida... Pero no te inquietes, general, que no le diré a nadie lo que pasó. Como mucho, puede que algún día se lo cuente al búho Úho, que tiene debilidad por esa clase de historias. Pero eso no te molestará, espero.



Lo que pasó con
Torstenson

Cuando el tiempo más o menos lo permitía, el pequeño fantasma salía al exterior directamente desde el desván. ¡Qué delicioso aroma tenía el fresco aire nocturno! Qué libre y ligero se respiraba bajo el cielo inabarcable!

Lo que más le gustaba al pequeño fantasma eran las noches de luna.

Saltaba de almena en almena en lo alto de la plateada muralla mientras los rayos de la luna lo hacían resplandecer más blanco que una nube de polvo de nieve. ¡Era maravilloso! El pequeño fantasma se sentía entonces tan feliz y tan contento que no podía evitar soltar una risita y pensar: «¡Ji, ji, ji, jiii! ¡Qué bonito está el castillo de Piedramochuelo cuando brilla la luna! ¡Ji, ji, ji, jiii!».

A veces el pequeño fantasma jugaba con los murciélagos que salían por las noches de sus escondrijos y revoloteaban alrededor de las torres del castillo. Otras veces contemplaba los ratones y las ratas que entraban y salían a toda prisa por las ventanas de los sótanos, y a veces también escuchaba con atención el concierto de los gatos o atrapaba una tambaleante mariposa nocturna en el hueco de la mano.

Pero lo que más le gustaba al pequeño fantasma era visitar a su viejo amigo, el búho Úho, que vivía en un roble hueco en el extremo más alejado de la colina del castillo, desde donde un precipicio de roca caía en picado hasta el río. El búho Úho se ponía contento siempre que el pequeño fantasma iba a verlo. También él dormía de día y se despertaba hacia la medianoche. Era viejo y muy sabio, y le daba muchísima importancia a que siempre se dirigieran a él con educación. No se dejaba tutear ni por el pequeño fantasma; lo cual, sin embargo, no perjudicaba en modo alguno su amistad.

El pequeño fantasma tenía por costumbre sentarse junto al búho Úho sobre una rama, y allí se contaban historias el uno al otro para pasar el rato:



historias largas y cortas, viejas y nuevas, historias para reír, para llorar o para pensar, según les vinieran a la memoria en ese momento.

Una noche que el pequeño fantasma estaba de visita en el roble hueco, el búho Úho le dijo:

–Si no recuerdo mal, quería usted contarme lo que pasó con aquel general sueco. ¿No se llamaba Tontorrón?

–Torstenson –corrigió el pequeño Fantasma–. Torsten Torstenson.

–¿Y qué ocurrió con él?

–Ah, pues la verdad es que fue divertidísimo, ¿sabe usted? De eso hace ya trescientos veinticuatro..., no, espere, trescientos veinticinco años. Los hará el mes que viene, el 27 de julio. El general Torstenson se presentó un día por aquí con sus suecos. Infantería, artillería y caballería, varios miles de soldados y oficiales. Montaron sus tiendas alrededor del castillo y la villa, y luego cavaron zanjas y construyeron trincheras. También trajeron sus malditos cañones, por supuesto, y empezaron a disparar contra el castillo y la villa.

–Imagino que fue poco agradable –comentó el búho Úho.

–¿Poco agradable? –repitió el pequeño fantasma–. ¡Fue absolutamente infame! Los cañones se pasaban todo el día y la mitad de la noche retumbando y estallando. Por suerte no tengo el sueño ligero y no es fácil que algo interrumpa mi descanso. Pero ¿aquella vez? ¡Ya le digo que no había quien lo aguantara! ¡Los cañonazos continuos, los estallidos y el estruendo de la mampostería cuando las balas la alcanzaban! Durante media semana estuve soportando aquel ruido infernal. ¡Hasta que me harté!

–¿Y pudo hacer algo para remediarlo? –preguntó el búho Úho.

–¡Desde luego que sí! Cantarle las cuarenta a ese Torstenson. La noche siguiente, me planté en la tienda del general y lo puse de vuelta y media.

–¿Es que no había guardias delante de su tienda?

–¡Ya lo creo que había guardias! Un teniente con veinte hombres, o puede que fueran veinticinco.

Quisieron darme el alto y me atacaron con sables y lanzas, y el teniente incluso desenfundó la pistola y me disparó un tiro. Pero ya sabe usted que a mí los sables y las lanzas no pueden hacerme nada, y las balas no me causan ningún daño. Todo me atraviesa como si estuviera hecho de humo o de niebla. No pudieron impedir que me deslizara al interior de la tienda del general.

–¿Y qué hizo cuando estuvo dentro? –preguntó el búho.

–Pues decirle cuatro verdades. «Si aprecias en algo tu vida...», lo amenacé, y al hacerlo gesticulé mucho con los brazos y me moví de una forma espantosa. «Si aprecias en algo tu vida, ¡levanta ahora mismo el asedio, desaparece con tus soldados y no vuelvas nunca más por aquí!».

–¿Y qué hizo el señor general?

–Se quedó allí de pie, descalzo y en camisón de encaje, con los dientes castañeteando del miedo espantoso que tenía. Después se arrodilló ante mí y me suplicó clemencia. «¡Perdóname!», exclamó. «¡Perdóname! ¡Haré todo lo que me pidas!».

Entonces lo agarré del cuello y lo zarandeé un poco. «¡Es justo lo que espero de ti!», contesté. «¡Mañana temprano abandonarás este lugar! Y que no se te ocurra volver jamás, ¿entendido? ¡Que no se te ocurra!».

–¡Caramba! ¿Y qué hizo Torstenson?

–Torstenson se marchó. A la mañana siguiente, la mañana del 27 de julio, se retiró con todo su ejército. Se marcharon a toda prisa, caballería, artillería

e infantería. Él mismo al frente, guiándolos con su bastón de mando.

–Y... ¿de verdad no volvió nunca más? –quiso saber el búho.

–De verdad, nunca jamás –respondió el pequeño fantasma y soltó una risilla.

